

una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor, que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevociion y de indiferencia. Se ven hombres malvados que vuelven sobre sí y se enmiendan de su disolucion; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de la tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obrareis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santísima Virgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que vos quereis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

JACULATORIAS. — Dignaos, Señor, de dilatar mi corazon, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de la tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que ni por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devociion y con nuevo fervor. Al principio te llevará tras de sí la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos

todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demás.

2 Desviate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que fácilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociiones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplicate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devociion el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á hacer sin devociion aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de la tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN DE LA CRUZ, confesor: de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 14 de diciembre. (Véase su vida en las de hoy.)

EL TRÁNSITO DE SAN CRISÓGONO, mártir, en el mismo dia; el cual despues de haber sufrido constantemente por la confesion de Jesucristo una larga cárcel entre cadenas, por mandato de Diocleciano fué conducido á Aquileya, en donde degollado y arrojado al mar alcanzó la palma del martirio. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN CRESCENCIANO, mártir, en Roma; del cual se hace mencion en las actas del martirio de S. Marcelo papa (juntamente con el cual tuvo la gloria de padecer por los años de 309.)

SANTA FIRMINA, virgen y mártir, en Amelia en el ducado de Espo-
leto; la cual en la persecucion de Diocleciano, padeció varios tormen-
tos, y últimamente colgada y abrasada con hachas ardiendo; entregó
su espíritu al Criador. (Era hija de Calurnio, prefecto de la ciudad de
Roma, y abrazó la religion cristiana á vista de los milagros que obra-
ban los santos confesores.)

SAN ALEJANDRO, mártir, en Corinto; el cual en tiempo de Juliano
apóstata y del presidente Salustio peleó en defensa de la fe católica
hasta morir.

LAS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES FLORA Y MARIA, en Córdoba;
las cuales en la persecucion de los árabes, despues de una larga cárcel
fueron degolladas. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN FELICÍSIMO, mártir, en Perusa. (Procopio le llama principe de
los etruscos de la misma ciudad.)

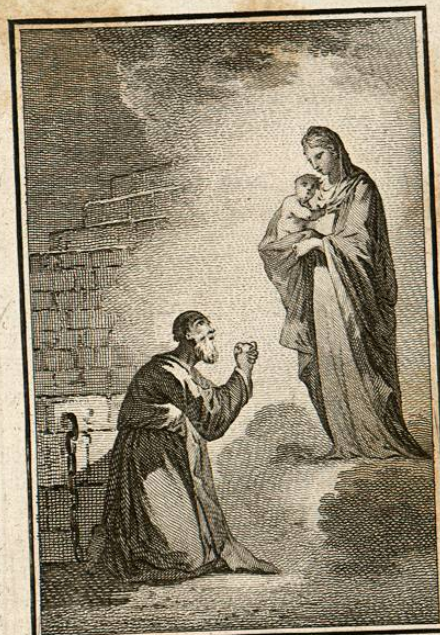
SAN PROTASIO, obispo, en Milan: defendió la causa de S. Ata-
nasio en presencia del emperador Constante y en el concilio Sardi-
cense; y habiendo padecido muchos trabajos por la Iglesia que tuvo á
su cargo, y por la religion, murió en el Señor. (Su sabiduria y su virtud
le hicieron estimar hasla de los mismos herejes, que por otra parte le
temian como adversario formidable. En el concilio de Sardis, celebrado
en 317 á instancias del emperador Constancio, además de defender la
causa de S. Atanasio, propuso diferentes cánones, los cuales indigna-
ron de tal modo á los herejes, que se separaron del concilio. Murió el
año 348.)

SAN ROMAN (ó ROMANO), presbítero, en Blaye, cuya santidad de
vida la declaran gloriosamente sus milagros. (S. Gregorio de Tours,
en el lib. *Gloria Conf.*, cap. 46, refiere que vivió en la misma ciudad
de Tours en tiempo de Teodorico el Grande, y que dió sepultura al
cuerpo de S. Martín, su maestro.)

SAN PORCIANO, abad, en el pais de Auvernia, esclarecido por sus
milagros en tiempo del rey Teodorico. (Pasó los primeros años de su
vida en la esclavitud, y cuando obtuvo su libertad, tomó el hábito re-
ligioso en uno de los monasterios de la Auvernia, del cual fué por úl-
timo abad. Cuando Tierri rey de Austrasia invadió la Auvernia, el
Santo obtuvo del rey la libertad de todos los prisioneros. Murió vene-
rado el año 540.)

SAN JUAN DE LA CRUZ.

SAN Juan de la Cruz, conocido primero por el sobrenombre de
Yepes, que era el de su familia, despues por el de S. Ma-
tías, que era el de su religion, y en fin, por el de la Cruz, que
hace su verdadero carácter, y con el que se le distingue, fué uno
de los mas sublimes maestros de la vida espiritual, y de los mas
insignes ornamentos de la famosa reforma del orden del Cár-
men; nació el año 1542 en Fontiveros, villa muy antigua de
Castilla la Vieja entre Ávila y Salamanca. Llamábanse sus pa-



S. JUAN DE LA CRUZ.

dres Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez. Aunque su padre era caballero, llegó á verse tan pobre, que se vió obligado á ejercer el oficio de tejedor para poder mantener á su familia, que era muy numerosa, siendo Juan el menor de tres hijos varones. Todos tres eran muy niños cuando murió el padre; la madre quedó sola y sin mas amparo que el de Dios, por cuya cuenta corren los mas olvidados del mundo. La necesidad la obligó á avecindarse primero en Arévalo, y luego en Medina del Campo, villa muy crecida entonces y rica, en la cual con el sudor de su rostro crió la honesta viuda á sus tres pequeñuelos, inspirándoles temor de Dios y amor á la virtud. Desde luego mostró el niño Juan grande inclinacion á todo lo bueno y honesto. En las flores de su modestia y de su humildad se traslucia el fruto que habia de producir adelante. Descaba la buena madre encaminarle por las letras, mas viéndose atajada por la pobreza, no halló otro medio sino acomodarle en un colegio de niños que habia en aquel pueblo, destinado para educar hijos de gente pobre. De esta casa salió Juan adocetrinado en las primeras letras, dejando bien recompensada con su buen ejemplo la limosna que allí se le hizo. No le quedaban ya mas valedores que su virtud; era pobrecito y desamparado; mas sus bellas prendas, su gravedad y su natural afable y dócil le conquistaban el amor de todos. Contaba entonces unos trece años. Aficionósele entre otros Alonso Alvarez de Toledo, caballero piadoso que administraba el hospital general de la villa. Parecióle que allí podria Juan servir á los pobres y pasar adelante en sus estudios, y despues con una capellanía que él pensaba darle, ordenarse de sacerdote. Con licencia de su madre pasó al hospital; y la ocasion de servir á los enfermos fué para él estímulo de misericordia: asistia los puntualmente con gozo, en cada uno de ellos veia retratado á Cristo. Con todas sus entrañas se compadecia del doliente postrado en una cama, cuyo único alivio y consuelo todo pende del que cuida de él: abrazábalos, alentábalos, haciales compañía, en viendo alguno caido y triste le animaba inspirándole la santa alegría que sale de las entrañas de la paciencia. Con suma puntualidad, quitándose del dormir, asistia á las necesidades de todos, sin dar lugar á que su olvido ó descuido desazonase á nadie: no queria que los enfermos empleasen la conformidad sino en llevar con mérito los dolores y achaques de su dolencia. Dedicábase al mismo tiempo al estudio de las ciencias humanas, en que salió aprovechado; sentia tambien llamado á la oracion y contemplacion, en cuya escuela aprendió del Señor la sabiduría que demuestra la fealdad del vicio y la hermo-

sura de la virtud, é inspira ánimo celestial para despreciar lo que perece, y amar lo que permanece. De estos afectos nació en él y se fué criando la mortificacion de las pasiones. Desde este tiempo comenzó á castigar su carne con ayunos, cilicios y otras asperezas: juntaba la noche con el día haciendo oración; luchaba con la flaqueza de su cuerpo cansado, hasta rendirlo y dejarlo despierto y alentado para perseverar en las vigiliás. Dormía muy poco tiempo, y esto sobre manojos de sarmientos, que mas era quebrantar los huesos que descansar: no tenía mas cama que ésta desde los siete años. Premiaba Dios en su siervo la penitencia con el don de la continencia. En todo el tercio de esta edad resbaladiza no se vió en él cosa que oliese á liviandad, ni en palabra, ni en ademan alguno. Guardábase de las compañías que envenenan las costumbres, no salía de casa sino por necesidad, huía de juegos y de espectáculos y de otras diversiones privadas y públicas; buscaba el recreo de su ánimo en la bondad de Dios y en el testimonio de su limpia conciencia. En medio de esta inocencia de vida oía la voz de Dios que por varios caminos le llamaba á dejar el mundo y abrazar el estado religioso. La particular devoción que tenía á la Santísima Virgen le hizo creer que en el órden de los Carmelitas hallaría un asilo donde asegurar su inocencia; y tratando estos deseos con personas de doctrina y piedad, por su consejo y con su recomendacion fué á presentarse al convento de Sta. Ana de Medina del Campo, donde fué recibido como un don del cielo, y tomó el hábito de nuestra Señora del Carmen con el nombre de Fr. Juan de S. Matías á los veinte y un años de su edad.

Quizá no se vió jamás mayor fervor, humildad y exactitud en un novicio, ni tampoco amor mas abrasado á las cruces en los mas ancianos.

Al año siguiente hizo su profesion en manos de Fr. Angel de Salazar, provincial de Castilla. No se hartaba de dar gracias á Dios viéndose escogido del Señor para morar en su casa: este gozo iba acompañado de una ansia muy grande de adelantar cada día mas, guardando con puntualidad no la regla mitigada por Eugenio IV sino la primitiva, á lo cual se determinó con licencia de su prelado, sin faltar en lo exterior al órden de la comunidad. Pidió por celda una covacha oscura y abandonada á la estremidad del dormitorio, destinada para guardar las escobas, en la que se vió precisado á hacer un pequeño agujero para darla luz y poder leer. Un madero escavado en forma de sepulcro le servía de cama; se hizo un cilicio de juncos marinos, cuyas agudas puntas le sacaban sangre al menor movimiento que hacia su

cuerpo; juntaba á todo esto disciplinas muy frecuentes de sangre; y como por otra parte eran muy repetidos sus ayunos, y muy corto su sueño, quitaba á su cuerpo los medios de reparar las fuerzas que sus maceraciones le hacian perder.

Su piedad correspondia á sus penitencias; la pasión que tenía al retiro y al silencio, le hacian cercenar de la sociedad y conversacion de los hombres todo lo que podia quitarles, para darle al comercio interior y apacible que mantenía con Dios en el ejercicio de la oración, la que desde los primeros años de la religión no era otra cosa que una muy sublime contemplación. Jamás tuvo los defectos inocentes de aquellos místicos y contemplativos, que hacen consistir la contemplación en mostrarse adustos y extraños con todos. Su devoción nunca fué austera sino consigo mismo. Era afable y cortés en su trato y comunicacion: jamás se le vió abstraído, taciturno, ni agreste con sus hermanos. La humildad parecia natural en él; solo apreciaba las virtudes que admiraba en los otros; y aunque las poseía en un grado heroico, creía sinceramente que no era hombre de virtud; se le veía siempre el primero en todos los ejercicios de la comunidad. El don de contemplación, de que se hallaba dotado, no le hizo jamás ocioso. Hubiera querido hacer él solo todos los oficios de la casa; entre éstos los mas penosos y mas bajos eran los mas de su gusto, y con tal que encontrase alguna humillación ó alguna cruz, quedaba satisfecha su ambición.

En el mismo año de su profesion le enviaron al colegio de Salamanca, para que en aquella escuela aprendiese la teología. En medio del estudio añadía nuevos rigores á su penitencia; buscaba mil modos extraordinarios de afligir su cuerpo, sutilizábale con tantas asperezas, que parece queria convertirlo en espíritu: la oración era su vida y su sustento: cumplía con rigor de verdad aquella principal obligacion de la regla, de orar día y noche, meditando en la ley del Señor cuanto es dado á la flaqueza humana. Preparábase en todo para maestro y caudillo de la nueva reforma que le estaba esperando.

Una virtud tan sobresaliente obligó á los superiores á hacerle recibir cuanto antes los sagrados órdenes; y sin dar oídos á los artificios de que se sirvió su humildad, lo mismo fué acabar la carrera de teología á los veinte y cinco años de su edad, que obligarle por obediencia á recibir el presbiterado. Vivía aun su madre. La gracia que recibió un alma tan pura fué abundante y sensible; y el nuevo sacerdote se preparó para la primera misa con continuos sacrificios de sí mismo, aumentando las mortificaciones y fervores.

Los favores que recibió en la primera misa, que dijo en el convento de Medina del Campo, y la alta idea que concibió del sacerdocio, le hicieron desear una vida todavía mas retirada y mas regular que la que se practicaba en la orden de los Carmelitas mitigados que se llaman de la Observancia.

Después de haber consultado mucho este negocio con Dios y con algunos religiosos de quien fiaba la direccion de su alma, se resolvió á pasar al de los Cartujos, donde se prometia hallar una soledad como la que buscaba, y un género de vida mas austero que el que tenia. Llegó á tener casi concertado que se le diese el hábito en la Cartuja del Paular de Segovia; mas desbarató nuestro Señor su proyecto mejorándolo en su primera vocacion, para que ayudase á reformar el instituto que habia profesado.

En este tiempo tenia ya comenzada esta obra Sta. Teresa de Jesus respecto de las monjas: fundado estaba ya en Avila su primer convento; pero deseaba que se reformasen tambien los frailes. Alcanzada licencia para ello del general de la orden, comenzó á buscar entre los religiosos de la provincia graves y de singular virtud uno á quien pudiese encomendar esta grande obra, poniéndole por piedra fundamental del nuevo edificio. Cuando fray Juan estaba tomando sus medidas para entrar en la Cartuja, llegó Sta. Teresa á Medina del Campo. En la visita que el maestro Fr. Pedro de Orozco hizo á la Santa, como ésta le preguntase por los frailes que aspiraban á mayor perfeccion en la orden, le dijo que habia un religioso de pocos años, pero de mucha virtud, fervoroso y de grande espíritu, muy dado á la oracion y contemplacion, y en la aspereza y rigor de la vida igual cuando menos á los antiguos monges. Tales cosas, en fin, le fué contando de Fr. Juan de la Cruz, que la sierva de Dios llena de gozo, deseosa de verle, le rogó que cuanto antes se le enviase. Desde luego se le fijó la idea que este era el religioso que convenia para comenzar la Reforma. Aquella noche rogó á nuestro Señor que se lo concediese para esto, y lo consiguió. Al otro día fué el siervo de Dios á visitar á Sta. Teresa, y dióle cuenta de sus deseos de servir á Dios haciéndose cartujo. De esta confianza de nuestro Santo se aprovechó la discreta virgen para persuadirle que sin salir de su vocacion, procurase mejorar y reformar su vida en el estado en que Dios le habia puesto. Y comunicóle el proyecto de la Reformacion, segun la cual los frailes del Carmen habian de guardar exactamente su primera regla. Al mismo tiempo le encareció el bien que por su medio podia hacer nuestro Señor, plantando la disciplina regular para que de otros fuese seguida, y tambien el gozo que en ello daria á la Madre de Dios, cuya es

esta orden. Enternecióse el siervo de Dios, dióse por vencido á estas razones, sintióse interiormente trocado, y sin saber resistir a lo que la Santa le propuso, se ofreció á ello, rogándole no se diffiriese la ejecucion.

Mientras el Santo se preparaba para tan alta empresa con la interior reforma de su espíritu, Sta. Teresa que temia no se estorbaba la ejecucion de este gran proyecto, aceptó una miserable casa que para este fin le habia dado D. Rafael Mejia Velazquez en un lugarejo suyo llamado Duruelo. Dispuso la Santa que fundasen este convento nuestro Santo y Fr. Antonio de Jesus, religioso de gran perfeccion. Mientras se lograba para esto la licencia de los prelados y la del obispo de Avila, de cuya diócesis era aquel territorio, fueron los dos siervos de Dios á Valladolid, donde el P. Fr. Juan tomó el hábito de la Reforma. «Allí, dice santa Teresa, como estuvimos algunos dias con oficiales para recoger la casa, y sin clausura, habia lugar de informar al P. Fr. Juan de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas las cosas así de mortificacion, como del estilo de hermandad y recreacion que tenemos juntas, que todo es con taula moderacion, que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla.» Donde se ve como nuestro Santo fué discipulo, ó digamos novicio de Sta. Teresa, recibiendo de ella la institucion de la vida, segun la cual habia de formar á todos los religiosos de que fué padre, ejemplar y maestro.

Obtenidas las licencias para la fundacion, despidiéndose nuestro Santo de Sta. Teresa y de sus hermanos con gran devocion, se fué á Duruelo con un albañil á fin de componer la casa de que ya se ha hablado, y que fué el primer convento de la estrecha Observancia. S. Juan mantúvose en él algun tiempo solo, esperando los sugetos que la Santa debia enviar para ocuparle; allí abandonándose al fervor, ejercitó con su cuerpo aquellas inocentes crueldades que hicieron decir á los seculares que el P. Juan no podia vivir sino por milagro. Luego que se le hubieron juntado otros padres Carmelitas, los cuales se llamaron desde entonces los *Carmelitas Descalzos*, S. Juan, que habia sido puesto por cabeza de ellos, pasó toda la noche siguiente en oracion con ellos; por la mañana del dia siguiente, que era á 28 de noviembre y primer domingo de adviento del año 1568, celebró solemnemente la misa, hizo su profesion pública, y recibió la de ellos, prometiendo todos á Dios, á la Santísima Virgen su Madre y su protectora perpetua, y al general del Carmen, su superior ordinario, observar literalmente la antigua y estrecha regla de la ór-